



LA AGONIA

LOS DÍAS DEL carrancismo están contados. Sin la reelección de Woodrow Wilson, la organización de bandidos conocida con el nombre de “constitucionalistas” sería ya una cosa del pasado.

Asistimos a los últimos estertores del corrompido organismo político que sólo puede vivir por el apoyo decidido del Gobierno norteamericano, que necesita que se consolide un Gobierno en México, a cuya sombra vuelvan a prosperar el negocio, la usura, el fraude, como en los “buenos” tiempos de Porfirio Díaz. Carranza era el hombre más a propósito para operar una restauración plegadiza: convecnenciero, servil, lacayuno, bajo, codicioso y brutal, era el hombre que podía garantizar a la clase capitalista una era bonancible. Por eso lo apoyó Woodrow Wilson; pero también por eso el pueblo, indignado, le da los últimos puntapiés.

Desde que comenzó la Revolución, hace seis años, advertimos que no volvería a consolidarse un Gobierno en México. Muchos fueron los que sonrieron y hasta nos vieron con lástima. No nos valieron razones para hacer comprender que nuestra predicción se basaba en hechos, precisamente en las serias causas que había impulsado al pueblo a la rebelión, como son la miseria y la tiranía. Las gentes superficiales, las que nunca habían estado en contacto con la masa trabajadora y no conocían los inmensos

anhelos de libertad económica que alentaban en el pecho de los entonces humildes y hoy rebeldes, aseguraban que bastaba con un cambio de personal en el Gobierno para contentar al pueblo.

Los hechos han venido a demostrar el error en que se encontraba esa gente superficial. Cae un Gobierno, y surge otro para caer a su vez, y así sucesivamente, ¿por qué? Porque los Gobiernos no dan pan al que tiene hambre. ¡He ahí la razón, escueta, sencilla, clara!

Con sus actos atrabiliarios, el gobiernillo carrancista ha hecho un gran beneficio a la causa anarquista, porque no sólo ha probado que el Gobierno no da pan al hambriento, sino que es una institución creada para arrebatarle el pan desde el momento en que prohíbe que el trabajador abandone el trabajo cuando por medio de la huelga pretende obligar al rico a que le conceda un mendrugo más que añadir a la diaria pitanza.

Carranza cae, como tendrá que caer todo Gobierno en México, a no ser que se realice el milagro de que pueda existir un Gobierno que dé pan; pero como en esta época ya no hay milagros, debemos renunciar a esta esperanza, convencidos por la experiencia de que todo Gobierno está creado para garantizar a los ricos su dominio sobre los pobres.

Los mismos prohombres del carrancismo se ven forzados a confesar que es imposible que haya paz en México mientras el trabajador no sea libre económicamente. En un artículo escrito por el propagandista carrancista Modesto C. Rolland, y al que dio este título: “¿Por qué se necesita un Gobierno en México?”, se leen las siguientes palabras: “Ellos —los mexicanos— han acariciado siempre un ideal de liberación que en el fondo es solamente libertad económica; pero han sido siempre engañados por el Gobierno”.

Más adelante dice: “Si las condiciones económicas no cambian, las cosas seguirán lo mismo...” Y después:

“...el pueblo, que sabe que las constituciones no han sido otra cosa que meros escudos para proteger a aquellos que lo aporrean, ¿para qué quiere un Gobierno? Lo que el pueblo mexicano quiere es tierra...”

Ya casi para concluir dice Rolland: “...la única salvación de México está en el cambio de su sistema económico”.

Por supuesto que Rolland dice que todos los Gobiernos han engañado al pueblo mexicano; pero que no sucederá tal cosa con el Gobierno carrancista.

Los hechos han demostrado que el Gobierno carrancista es tan malo como otro cualquiera, y a eso se debe que el pueblo, resuelto a conquistar su independencia económica, continúe con las armas en la mano.

La situación es desesperada para el carrancismo. Los obreros de las ciudades, despertados rudamente a la realidad por el brutal decreto de primero de agosto, le han vuelto las espaldas; ante el fantasma de la insurrección de los peones de la costa del Pacífico, el tiranuelo se apresura a calmar los ánimos ordenando a sus lacayos que procedan inmediatamente al reparto de tierras en el Territorio de Tepic; en el estado de Oaxaca arde la sierra de Ixtlán, y el istmo de Tehuantepec está en poder de los rebeldes; Chiapas y Tabasco, los lejanos estados que se decía estaban pacificados, son pasto de la Revolución; los zapatistas sostienen combates en Contreras, a corta distancia de la ciudad de México; sobrecogido de terror, Carranza quiere cortar de un solo tajo la cabeza del movimiento agrario, y ordena la reconcentración a determinados lugares de todos los habitantes del estado de Morelos; Villa, en el Norte, ya no es la espina clavada en el costado carrancista: es una masa que resquebraja el cráneo de la demente camarilla que soñó sustituir en sus rapiñas a aquel puñado de bandidos inteligentes y crueles que se llamaron los “científicos”; Torreón, el gran punto estratégico, puede caer en manos de Villa de un momento a otro, y entonces, ¡adiós carrancismo en la frontera!; loco ya Carranza despacha miles y más

miles de hombres a la frontera para aplastar al villismo, con lo que sólo logra echar más combustible a la hoguera... porque sus soldados se pasan con armas y bagajes al lado de Pancho Villa; en Santa Rosalía, Jiménez y Parral, la guadaña proletaria troncha las cabezas de burgueses de todas nacionalidades: mexicanos, chinos, árabes, norteamericanos y alemanes, pues todos pertenecen a una misma casta: ¡la de los explotadores!; las escoltas carrancistas que protegen los convoyes ferrocarrileros son exterminadas en masa por los rebeldes; como un imán trágico, el cerro de las Campanas atrae al "Primer Jefe", quien dispone su marcha para Querétaro... bajo los besos de dos Judas: Pablo González y Alvaro Obregón.

Tal es, a grandes rasgos, la situación. Quitad nombres de personas y de lugares, y sustituidlos por otros, y es la misma de hace dos, de hace cuatro, de hace seis años, con la diferencia de que ahora el proletariado mexicano ha abierto un poco más los ojos, como que no hay mejor escuela que la de la experiencia. ¡Adelante!

Ya no volveremos a ver a nuestros hermanos, los trabajadores de las ciudades, empuñar el fusil para combatir a sus hermanos los trabajadores de los campos; ya no nos estremeceremos de indignación ante las caravanas de campesinos acudiendo en romería al Palacio Nacional en demanda de tierras, cuando no necesitaban hacer otra cosa que dirigir sus miradas al Sur para persuadirse de que el bienestar se alcanza con sólo poner las manos audaces sobre la riqueza social. Si tenemos dos manos, es para clavar con una un puñal en el corazón del burgués, y plantar con la otra nuestra bandera redentora en la riqueza común.

¡Adelante, adelante! ¡Viva el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911! ¡Viva Tierra y Libertad!

RICARDO FLORES MAGÓN

(De "Regeneración", 25 de noviembre de 1916).